

Interpretación de Silva Valdés

INCLINADO el espíritu junto a los gustosísimos versos que ha adunado Fernán Silva Valdés bajo el nombre de *Agua del Tiempo*, he realizado en ellos la presencia de la belleza, vivaz e indesmentible como la de la andariega sangre en el pulso. La he realizado con esa límpida evidencia que hay en el nadador al sentir que las grandes aguas urgen su carne con impetuosa generosidad de frescura. Mi empeño de hoy no es el de ponderar ese río ni mucho menos el de empañar su clara virtud, sino el de investigar sus manantiales, sus captaciones y su fuente. Quiero apurar si es un estuario antiguo o un arroyo novel, si su camino ha sido corre-dizo a la vera de firmes academias o de plebeyos campos, si es bisoña su andanza o si hace largas noches que las constelaciones bajan a su cristal.

Es indócil la empresa. El romanticismo — tendencia oracionera, desvirtuada después por hombres gárrulos como Schiller y Hugo — ha exacerbado la personalidad con tan ilógico tesón, que aún hoy se trata de materias estéticas en tono igual al que se emplea en manifestar convicciones. Críticos hay que amparan el verso libre, no por hallarlo eufónico, sino por un borroso sentimiento de democracia. Otros, como Almafuerte, han querido borrar la distinción entre vocablos literarios e inliterarios. Arbitrariedad tan absurda como la de un algebrista que intentase situar en la realidad las raíces pares de cantidades negativas o la de un físico que recabase el

don de transparencia para los cuerpos opacos. En cuanto a mí, en este apuntamiento sobre Silva Valdés, no quiero dictar normas, sino inscribir observaciones.

De las poesías más gustadoras y perfectas que hay en su libro — *El Poncho, El Mate Amargo, El Buey, El Payador, El Rancho* — elegiré la última para desentrañarla. En su decurso, admirable de continencia espiritual, de gesto criollo y de ritmo de zarandeo, el poeta equipara el rancho a un pajarraco hurraño y a un gaucho viejo y memorioso. Las imágenes son nuevas, el compás es inusitado, el ambiente suyo sabe a palpable realidad y no a versos ajenos y sin embargo yo aseguraría que no es el principio de un arte inédito, sino la cristalización y casi la perdición de otro antiguo. La singularidad de sus metáforas es prueba de ello. ¿Qué arte novel supo jamás de traslaciones? En mis eventuales andanzas por la serie de ocho mil cantos populares que recopiló Rodríguez Marín y por las mil coplas patrias que ha enfilado, tras de un noble prefacio, Jorge M. Furt, he encontrado escasísimas metáforas. La propia lfrica andaluza, tan amadora de la hipérbole, metaforiza con significativa parquedad y en lo atañadero a las sentencias figuradas que andan en boca del vulgo, son traslaciones ciegas en cuyo pretérito pasmo nadie repara. A un sentimiento nuevo no le conviene la línea curva de la imagen y sí la derechura del cotidiano decir. En cambio, qué grato es entretejer guirnaldas de imágenes alrededor de un tema ya adentrado en la intimidad de las letras! Basta cualquier comparación perezosa para desgajar del cielo la luna y hacerla resbalar a nuestras manos, trémula y alelada. Cabe rememorar aquí lo que Schopenhauer dijo de las alusiones eróticas. Todos las desentrañan en seguida, pues la materia suya es vivaz en toda conciencia. De idéntico modo, si *El Rancho* de Fernán Silva Valdés es bello y no asombroso meramente, ello se debe a que generaciones de payadores han poetizado acerca de ese sujeto,

acostumbrándonos a pensarlo con devoción. Esa tapera que diseña, es la misma junto a la cual con bíblica sencillez trabaron amistad Santos Vega y el santiagueño Tolosa y es la que Estanislao del Campo anheló durante la quietación de la siesta, y es aquella en que Martín Fierro, harto de noche y de suicidio el espíritu, lloró varonilmente y es también la que cantó Elías Regules, dejándole un recuerdo para que no estuviera tan sola y es el ranchito del cantar, dorado en la mañana... Pájaro de bandada es el verso, y en la garganta del cantor. deberán confluír muchas voces para que su canto logre hermosura.

Silva Valdés, literatizando recientes temas urbanos, es una inexistencia; Silva Valdés, invocando el gauchaje antiguo, por el cual han orado tantas obscuras y preclaras vihuelas, es el primer poeta joven de la conjunta hispanidad.

Aspero privilegio del poeta, cuyo camino de perfección es calle de todos y que debe viajar a eternidad por el camino real que demasiadas músicas urgen; torpeza del poeta, cuyos versos más íntimos, y decisores de su entraña de sombra, nacerán en labios ajenos.

JORGE LUIS BORGES.